

Paula Farias

PIEL DE DERIVA

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Paula Farias, 2022

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com



ISBN: 978-84-1362-950-6

Depósito legal: M. 15.379-2022

Printed in Spain

Al «pez volador», una tarde de marzo,
estrenando el mundo.

Uno
La farsa

1

Nocturnidad

La falta de luna esconde los afanes de una maniobra que está resultando difícil. El remolcador, en un bufido de motor extenuado, tira de la fragata y de paso le marca la estela a una gabarra de pesca que les sigue a escasos metros.

Entre los dos arrastran un barco de guerra que es puro atrezo, incapaz ya hasta de llevar su propia ancla. Apenas cuatro tornillos herrumbrosos donde antes estaban los motores, y un cascarón que ya no asusta más que a los que aún no saben que ya no asusta. El planteamiento perfecto de una farsa.

Se oye un crujido inesperado en una sinfonía de poleas oxidadas y Bricio, el capitán, un vasco enjuto que respira agua salada, se tensa. Percibe algo que le inquieta y se le dilatan las pupilas, felino. Marca un gesto seco con la mano, como de rebanarse el cuello, y la tripulación, atenta a la consigna, detiene la maniobra. Baja a cubierta y, metódico, se toma su tiempo en comprobar los cabos y las roldanas. Un sudor molesto, que ha estado acompañándole durante toda esa

noche de ajetreos, le resbala por los párpados y medio le nubla la vista, aunque no lo suficiente como para alterar su quehacer de hombre minucioso. Finalmente encuentra una polea que tiene holgura y la ajusta. El resto parece en orden, pero la demora ha complicado las cosas, pues se intuye ya la luz del alba. O quizá no, quizás es solo que él presiente una claridad en el cielo que aún no es tal, envuelto como está en su preocupación, con esa cabeza que tiene que siempre se empeña en anticipar problemas que igual nunca serán. Pero ¿qué puede hacer? Su cabeza funciona así, en permanente naufragio, y más aún en días como hoy en los que el tiempo va tan justo y cada minuto aprieta.

Sea como fuera, Bricio sabe que no tiene más remedio que acelerar la operación de remolque. Por el interfono habla con Jonás, el jefe de máquinas, un gallego de tierra adentro que abajo, en la sala, dormitaba sobre lo que hasta ahora parecía una maniobra de pura rutina. Le cuenta que ya clarea el día y Jonás, a pesar de su sangre templada, también se inquieta. Ambos saben que el tiempo va demasiado justo como para poder fondear la fragata junto al resto de las corbetas y desaparecer. Saben también que el satélite pasará sobre ellos, fotografiando el golfo, como siempre, con puntualidad de funcionario. Esa foto que marca el pulso de la zona. Y del mismo modo saben que no debe pillarlos maniobrando. Bajo ningún concepto. Conocen bien las instrucciones. Es preferible no mover los barcos antes que ser captados en pleno traslado. La imagen de un remolcador arrastrando

una fragata haría visibles las bambalinas de la farsa, y ambos intuyen que eso sería imperdonable. Que si fallan no deberían esperar demasiada comprensión. Que antes hubo otros que cometieron errores similares y ya no están. La historia completa no la conocen, pero sí que desaparecieron, y precisamente es la falta de detalles es lo que hace que la idea sea aún más desasegante. La imaginación tiene esa particularidad, cuando hay problemas siempre construye a la contra, a generar fantasmas, y Bricio y Jonás, desde que trabajan para el régimen del dictador, andan sobrados de imaginación. Será por eso que se apuran tanto y el sudor les resulta tan molesto.

Ante la urgencia Bricio tuerce el gesto, aprieta los puños y le mete a la maniobra un ritmo frenético a fin de ganarle tiempo a un sol que continúa su ascenso innegociable. Apurando el motor hasta sus límites, las estachas del remolque se tensan provocando que el agua al escurrir golpee la cubierta en un repiqueteo que de pronto le trae a la memoria, de forma inoportuna, recuerdos de cuando de niño, en el pueblo, se ensimismaba viendo a su abuela lavar la ropa.

Un patio mal encalado, un sol de verano y las camisas secando al aire sin apenas escurrir, intentando aprovechar ese espejismo de sur que le entraba a su abuela cada vez que en esa tierra de cielos plomizos amanecía despejado. Y los goterones que caen y tamborilean en un suelo de cemento desconchado que el agua hace cambiar de color, propiciando que el niño juegue a dibujar en él; pájaros, casi siempre pájaros,

esas uves deslavazadas, infantiles, el trazo más sencillo posible del dedo sobre el cemento. A veces el niño también dibuja ballenas, y entonces son los chorros de agua que les salen del lomo los que quedan convertidos en charco.

Apenas unos segundos para la ensoñación, definitivamente inoportuna, y Bricio regresa al presente y a la maniobra. La urgencia sigue ahí, clareando el día. Una racha de viento que viene de babor escora el barco lo suficiente como para convertir la cocina en un estrépito de cacharros dispersos por el suelo. En cubierta continúa la tensión. Deprisa. Unos minutos más y todo será visible desde el satélite. Deprisa. Es preciso un poco más de velocidad. El sol sigue subiendo sin dar tregua, pronto habrá clareado demasiado y el escenario será evidente. Con el último esfuerzo las alarmas de la sala de máquinas empiezan a saltar mientras la presión del motor llena la estancia de un humo incómodo. Deprisa. Ya están casi en posición. Bricio hace un gesto con la mano a modo de instrucción y en la gabarra que les sigue a escasos metros largan el ancla que cae al agua en el lugar preciso, con un estruendo desordenado. Todo perfecto. El fondeo en el sitio previsto.

El remolcador entonces suelta los cabos con los que tiraba de la fragata y pone rumbo este, a toda máquina, para ir a refugiarse en el puerto de pescadores donde seguramente, un día más, nadie hará preguntas.

La fragata queda liberada, quieta, inmóvil, apenas mecida por el vaivén de las olas que el ajetreo de las dos embarcaciones han dejado tras de sí.

La gabarra de los pescadores, libre ya del peso del ancla, retorna a sus pretendidos quehaceres y se dispone a recoger sus redes de pesca, pese a que todo el mundo sabe que ese no es el aparejo adecuado para faenar en esa bajura.

Entonces, como en una representación donde el regidor anda cuidadoso en medir los tiempos para que todo encaje y entradas y salidas de escena cuadren en una coreografía perfecta, el sol asoma y segundos después, a su hora prevista, el satélite pasa para tomar sus fotografías de rigor.

Y hoy, como cada día, el puerto será una foto en la que todo parece estar en su sitio: la imponente flota militar de siempre, completa y dispuesta, en la que varias corbetas y una fragata parecen haber cambiado de posición, seguramente porque habrán estado haciendo maniobras nocturnas de escuadra inquieta; pescadores locales a la bajura recogiendo las redes, parece que una vez más con poca o ninguna fortuna; y ese viejo remolcador, desde hace ya tantos meses atracado en el muelle de pescadores, probablemente con algún problema mecánico que un armador corto de fondos no puede o no le interesa resolver.

Todo correcto. Todo en su sitio. Todo según lo previsto.

Con la misión cumplida Bricio marcha a dormir mientras Jonás, cuidadoso, se queda engrasando las poleas. «Catalina» llaman a la polea que más gime. Aquí parece que hay más de una que responde a ese nombre. Por si acaso decide engrasarlas todas. No tie-

ne prisa. Sabe que por delante vienen días tranquilos en los que no deberán mover ningún barco y entonces tendrá tiempo de dormir a sus anchas. Pues los días en que la flota debe parecer parada también son parte del plan, que los excesos de movimiento, los cambios innecesarios, pueden resultar igualmente sospechosos.

Termina con las poleas, baja a la máquina y se queda allí un rato sentado, en las tripas del monstruo, disfrutando del silencio. Y por qué será que le gusta tanto escuchar los crujidos del acero, el chirriar de los engranajes, y la mar, golpeando suave los laterales, como una caricia. Ese respirar manteniéndose atento al latido y poco más. ¿De dónde le vendrán esas inclinaciones? Su mujer solía decirle que cuando le pusieron aquel nombre, Jonás, fue como si le dejaran escrito el destino. Que nunca era buena idea poner a un niño un nombre tan cargado de literatura. Que eso siempre hace las cosas difíciles. Su mujer decía muchas cosas así, como si habitara en otro sitio, pero ahora a veces piensa que sí, que quizá su nombre tenga algo que ver con ese placer del oficio, de jugar a colocar los ruidos al compás con su latido, como si su corazón fuese el corazón del mundo.

Quién sabe.

A ratos también se acuerda de ella, de ese olor que le erizaba la piel, de cuando los días en tierra eran como un balanceo, de cómo les gustaba estar juntos haciendo nada. Hace tiempo que ya no es así. Hace tiempo que a ella lo que más le gusta de él es el echar-

lo de menos. Un recuerdo que dura lo que tarda la mar en regresar.

Al cabo, tras comprobar que todo está en orden en la sala de máquinas, marcha a su camarote.

Al pasar por el de Bricio lo escucha roncar como un niño. Se habrá acostado satisfecho de su manobra, «de relojero», como tanto le gusta decir, y no habrá tardado ni un minuto en dormirse.

Jonás lo envidia por su falta de dudas.

Los cacharros de la cocina ruedan por el suelo con cada golpe de mar. Aún pasará un buen rato antes de que alguien se ocupe de ellos.